

Introducción

MORIR EN LA VÍSPERA

Ninguno quería volar con Junior a Rosario en su helicóptero Bell Jet Ranger 206 aquel miércoles fatídico. Junior se lo fue proponiendo a sus amigos desde el lunes a la noche hasta el mediodía del martes cuando, durante un almuerzo en Pepino, en San Isidro, donde estuvieron Mario Pallas, César Perla y Silvio Oltra, este último finalmente aceptó. Junior invitó primero a Benedicto Chiche Caldarella, que se excusó amablemente, y después al Toto Echegaray, quien en principio dijo sí, pero a último momento se quedó dormido. César Perla prefirió viajar en su vehículo para tener mayor libertad de manejo al llegar; Lucho Pineda tenía que ir a buscar su auto al taller, que cerraba el fin de semana; el gordo Carlos Odón, jefe de su equipo de competición, estaba fuera del país. Así que solamente Oltra aceptó la invitación.

Después de almorzar, Junior, Perla y Oltra se fueron al taller de Dardo Rocha. Ahí se quedaron charlando sobre automóviles y carreras. La carrera que tenían por delante en Rosario llegaba con algunas complicaciones: en principio porque, acostumbrado a los rallies, Junior no estaba seguro de que fuera a gustarle correr en el estilo totalmente distinto que le exigiría la pista de TC 2000. Era un momento de cruce en su carrera deportiva.

Junior iba a tener que medirse con Juan María Traverso, de quien se había distanciado después de una pelea muy fea, de la que no le gustaba hablar. Era sabido en el ambiente que en sus comienzos se había unido al flaco Traverso y a Miguel Ángel Guerra para formar un buen equipo de rally, pero el hijo del Presidente quería ganar siempre y Traverso, que era indudablemente mejor, no se preocupaba demasiado por disimular su superioridad. Peor aún: se lo hacía sentir. Eso a Junior le molestaba, y cómo, porque él ponía muchísimo en cada competencia. Hay también quienes dicen que el problema con su primer jefe de equipo,

Valentini, quien terminó trabajando para Traverso, fue de dinero. Desconfianzas, avaricias, esas cosas. Difícil saber por qué se separan las personas que han estado muy unidas.

Pero además iba a tener que enfrentarse con pilotos de la talla de Ernesto "Tito" Besone, "Yoyo" Maldonado, Daniel Cingolani, Guillermo Ortelli, René Zanatta o el mismo Toto Echegaray: todos pesos pesados del automovilismo argentino. O para decirlo con las palabras de Junior: "monstruos".

Perla se fue del taller a las cuatro. Tres horas después recibió una invitación en su celular para cerrar la tarde en el Open Plaza, en Libertador y Tagle. El hijo del Presidente era un verdadero habitué del boliche, generoso en movida nocturna y en mozas que aquél sabía apreciar con gusto de príncipe heredero. Más en esa época, en la que al parecer no salía con ninguna chica. Desde hacía unos días sus amigos lo notaban preocupado, aunque quizás el término exacto fuera apagado.

Eso. Como apagado estaba. En todas sus últimas fotos lo veían así.

Entre los habituales de la barra que estaban esa noche en el Open había también un hombre, con acento riojano, que le preguntó a Junior si le vendía la moto.

Junior salió del Open Plaza poco después de la medianoche con dos chicas. Habían estado tomando algo en la barra y se fueron con él a su casa dispuestos a pasar la noche de a tres.

—A las ocho de la mañana del 15 de marzo de mi domicilio me traslado al domicilio de Junior, ubicado en 11 de Setiembre entre José Hernández y La Pampa. Lo llamo por teléfono desde mi Movicom al suyo y cuando subo al departamento me encuentro con dos chicas de las cuales no recuerdo el nombre —contó el 21 de marzo de 1996 César Guillermo Perla al juez Carlos Villafuerte Ruzo. Era la segunda vez que Perla iba a declarar y coincidió con la

desesperada presión que durante todo ese año ejercería la madre de Junior, Zulema Fátima Yoma de Menem.

Las dos chicas estaban metidas en la cama con la ropa puesta. Junior tenía en el rostro una expresión cansada. Sacando pecho le dijo a Perla que ellas estaban con él desde la noche anterior. Una era rubia y un poco más alta que la otra, que era más morochita. ¿La edad? Posiblemente dieciocho. Perla aseguró al juez que si las volviera a ver sin duda las reconocería. No eran precisamente "refinas", dijo haciéndole creer al juez que no las conocía, no al menos en su forma de hablar. Junior se estaba vistiendo, con un jean y una camisa. No, una remera Midway, blanca; y botas. Como muchas otras veces Lucho, esta vez fue Perla quien le aconsejó qué ropa llevar para la semana que iban a pasar en Rosario.

“A los cinco minutos de hacer el bolso bajamos los cuatro“, agregó en el despacho del juez. El bolso era azul, marca Top Run. Antes de bajar se despidieron de "Arancha Sánchez", la discreta y bajita señora que se había resignado a ser llamada para siempre por un apodo. Y es que, pese a haber trabajado para ellos durante muchos veranos en Pinamar, ninguno de esos chicos hijos del poder conocía el nombre de pila de la mucama.

Junior les dio plata a las chicas para que se fueran a sus casas en San Justo, contó Perla. Según una fuente, ambas estaban con él a bordo de la camioneta en la que Perla y el custodio Barcelona seguían el vuelo del helicóptero hasta que se estrelló en el maizal cerca de Ramallo. Las chicas aparecerán después, aseguró la fuente en una foto del funeral, publicada por la revista Caras, junto a Perla y los amigos. ¿Hace diferencia que hayan querido estar cerca de él hasta último momento? Tal vez no.

Pero si así fue, ¿por qué no lo dijo Perla claramente?

Como quiera que haya sido, lo cierto es que aquella mañana del miércoles Junior subió con Perla a su camioneta Pathfinder negra y salió seguido del Spirit blanco en el que viajaba la custodia. Tomaron por 11 de Setiembre, doblaron en Federico Lacroze y bajaron hasta la avenida del Libertador; cuarenta y seis cuadras hicieron hasta la calle Ayacucho. Pararon un ratito en el café La Rambla, esquina Posadas, a setenta metros de la casa de Zulema.

¿Qué pidieron en una de las mesas de la vereda? Tostados de jamón y queso, Coca-Cola y jugo de naranja. Después Junior subió a despedirse de Zulema. A los cinco o diez minutos bajó, tiempo suficiente, según contaría su hermana Zulemita, para decirle que pensaba ir con una chica en ese vuelo. Volvió a la camioneta. Agarró uno de sus tres teléfonos celulares y llamó a su amigo Lucho Pineda.

Lucho no lograría recordar, el 5 de octubre de 1996, en el despacho del juez, si cuando llegó al departamento de Junior su amigo estaba en la puerta o si ya se había ido. Lo que sí recordó es que enfiló con su moto hacia La Rambla, y que cuando llegó se quedó ahí junto a César Perla y el jefe de la custodia, el inspector Oscar Barcelona, cuyo nombre tampoco recordará. En cambio, se acordó de que, desde dos o tres meses antes del accidente, Junior recibía extraños llamados a su casa y al Movicom. No le decían nada. Pero se quedaban escuchándolo del otro lado de la línea.

Cuando salió de lo de Zulema, Junior se subió al Renault 21 gris de la custodia y le dijo a Lucho que no quería ensuciarse yendo en la moto. El amigo fiel alcanzó a ver en ese auto el bolso de Junior y también una valija Samsonite gris metalizada llena de dinero -¿y tal vez otras cosas más?- que él mismo había ayudado a contar y fajar la noche anterior en el departamento de Junior, antes de que éste lo guardara en la caja fuerte. Entonces empezó a deshilvanarse el último de los hilos que ataban la vida del hijo del presidente Menem. Antes de entrar en el Renault 21, Junior le pidió la agenda que estaba en el interior del maletín. Así

que antes de subirse a la moto rumbo a Olivos, antes de que Perla y Barcelona se fueran en la Pathfinder y el resto de la custodia en el Spirit blanco, Lucho volvió a ver los billetes crocantes, tentadoramente nuevos.

Otra versión dice que al salir del departamento Junior fue quien subió a la moto y, a toda velocidad, ¿para que los custodios no pudieran alcanzarlo?, se dirigió hacia el departamento de Patricia Sarán, una ex modelo a cuyo novio se le atribuían conexiones con el narcotráfico. Fue el rastreo de las llamadas telefónicas que Junior hizo desde su Movicom lo que, dice esta versión, puso la mira en el departamento (y acaso el cuerpo) de la modelo. Dicen que Sarán le confesó a un policía que Junior había pasado un rato por su departamento esa mañana.

El helicóptero estaba estacionado a unos treinta metros de la residencia. Desde hacía dos meses lo dejaba estacionado en la pileta cerca de la casa, al lado del chalet presidencial. Junior y Lucho sacaron las cosas del auto y las pusieron en el helicóptero. Junior desató las aspas y se despidió del amigo, que guardó la moto en la cochera. Antes de subir al helicóptero, Junior volvió caminando hacia la residencia.

No quedó claro, en su testimonio ante el juez, si Lucho lo vio entrar o no, ni si estaba o no en la residencia el presidente Menem; lo cierto es que Junior subió al aparato, lo encendió y voló a Don Torcuato para cargar combustible y recoger a Silvio Oltra. Mientras estaba llegando avisó por el celular a Perla, que ya andaba por el kilómetro 60 o 90 de la ruta 9, que iba a hacer esa parada. Una duda lo asaltó en ese momento a Junior: ¿tenía Perla los cascos Shoi que precisaban para la carrera?

No quedó claro, en el relato de Perla ante el juez, qué camino recorrieron esos cascos de Junior y Oltra. Primero dice que los custodios del Spirit blanco los pasaron a buscar por el taller Competición, en la calle Dardo Rocha, en San Isidro; dice luego que fueron Barcelona y él quienes los cargaron en la camioneta hasta el kilómetro 190 de la ruta 9, y que allí,

demorados por un pinchazo, se los dieron a los hombres del Spirit blanco para que éstos los llevaran a tiempo -es decir a las doce- a Rosario.

El pinchazo los demoró tanto que cuando retomaron la ruta enseguida estaban manejando a más de 140 kilómetros por hora, con Perla al volante. Su relato adquiere en este punto ilación: "Voy yo manejando ligero y veo como un movimiento en la ruta que me hace mirar hacia la izquierda", dice. Un movimiento. Camiones y autos parados en la ruta. El helicóptero caído. ¿No recibieron ellos ningún llamado, ningún pedido de auxilio previo al desastre? No. Ninguna comunicación telefónica ni radial.

Bajaron de la camioneta juntos; juntos cruzaron el alambrado. A último momento Perla reculó, Barcelona en cambio caminó demudado por el maizal y cuando llegó al helicóptero se puso a remover las chapas buscando a Junior. "¿Quién era?", le preguntó Perla cuando lo vio volver. "Oltra", dijo Barcelona. Mejor acercarse y verlo personalmente. Y así lo hizo Perla. ¿Adónde habían llevado a Junior? Al hospital San Felipe. "Hay que pasar tres o cuatro puentes", les informaron unos tipos que había por ahí, tan entretenidos con la truculencia del espectáculo como con la eficacia con que los hombres de ESSEBA arreglaban los cables de media tensión que colgaban, cercenados, a quince metros de altura.

El sargento primero Carlos Adolfo Ruiz (argentino, por entonces 42 años, casado, custodio del hijo varón del entonces Presidente de los argentinos, domiciliado en Villa Adelina, provincia de Buenos Aires, instruido) estaba en Rosario cuando Junior Menem se mató.

El policía llegó a Rosario a eso de las doce y media o una menos cuarto en el Spirit blanco en el que había salido esa mañana junto al cabo primero Rodríguez y el cabo primero Adolfo Vallejos. El Renault 21 verdecito en el que iban el sargento Noriega y el cabo primero Bauer

se había ido desde Olivos para la Capital Federal llevando a Lucho Pineda a hacer unos trámites.

—Ustedes salgan para Rosario —les dijo a media mañana el cabo primero Bauer por la radio, tal como se lo había indicado el propio Junior Menem.

Y salieron.

Era muy común que los policías cumpliesen al pie de la letra las órdenes del hijo del Presidente. Jamás le cuestionaban nada. La única directiva que tenían para cuando Junior volaba en helicóptero era dirigirse por tierra hacia el lugar de destino. Nunca habían viajado a bordo.

Mientras Junior levantaba vuelo en el helicóptero rumbo a Don Torcuato, los policías retiraron una batería para el "handy toqui" y pasaron por el taller de Martínez, en donde habían quedado en encontrarse con su jefe, el inspector Oscar Barcelona, siempre al frente de la custodia cuando Junior volaba.

—Acaba de irse para Rosario —les dijo el mecánico Guillermo Aci con toda tranquilidad—. Dijo que sigan que los encuentra en la ruta.

Serían las nueve y media, diez menos veinte tal vez.

A la altura de Zárate, Rodríguez vio un helicóptero rojo y blanco cruzando la ruta hacia el lado del río. Los tres policías se quedaron mirándolo durante unos tres, tal vez cinco minutos, a través de los vidrios levantados. Volaba normal, no muy alto.

Sí, debía ser el de Junior.

Unos kilómetros después se encontraron con la Pathfinder negra con vidrios polarizados donde iban César Perla y Barcelona, el hueco de un neumático sostenido por el críquet de la gomería: habían pinchado.

—Acérquense, acá —les modulaba Barcelona desde el HT que tenía en la Pathfinder, parado junto a ella, mientras les hacía señas con los brazos para que lo vieran. Su voz sonaba metálica en la motorola del auto. Estacionaron el Spirit junto a la camioneta.

Ruiz iba sentado en el asiento derecho de adelante. Cuando bajó, Barcelona le dio el casco de Junior. Que lo llevaran lo antes posible para Rosario. Que fueran para el autódromo. Que esperasen allá. Que era ahí a donde iba a llegar el helicóptero. No mencionaron que lo habían visto pasar antes.

Un diálogo rápido: tal vez tres, cinco minutos. Serían las once y cuarto, once y media tal vez.

De ahí en más siguió manejando Ruiz.

Una hora, tal vez quince minutos más, tardaron en llegar a Rosario.

Estaba bastante ligera la ruta.

Un poco les extrañó que no estuviera a la vista el helicóptero en el autódromo. Así que le preguntaron a una chica si había bajado alguno. Bueno, no. Se quedaron en la entrada. Fue el intendente del autódromo en una motito, según dijeron los policías en el juzgado, quien les informó entonces que el hijo del Presidente habría sufrido un accidente. Recién en ese momento, dijeron, intentaron comunicarse con Barcelona por la radio del auto.

No lo consiguieron.

Buscaron sintonizar algún noticiero. La gente ya comentaba asombrada la tragedia.

—¡Llevaron a Junior al hospital San Felipe! —se enteraron por boca del intendente del autódromo. Así que salieron otra vez a la ruta en el Spirit blanco, rumbo a San Nicolás. En la entrada a la población se encontraron con la Pathfinder: no, no con la Pathfinder, con el Renault Clío en el que iban el mecánico Guillermo Aci y Lucho Pineda, quienes les hicieron señas a los policías para que los siguieran.

Serían ya las dos de la tarde.

Ruiz y Rodríguez bajaron en el hospital para ver qué había pasado. Barcelona estaba sentado en una sala. Se quedaron con él.

Y entonces, entonces pasaron delante de ellos Zulema Yoma, Zulemita, Amira Yoma y Carlos Saúl Menem.